

nocer á cualquiera de esos hombres á una mujer dotada de un talento regular, de una buena educacion, de un suave y bello carácter, y la amarán y la elegirán para compañera de su vida.

La mujer es la sola capaz de *educar bien*, ya sea madre, ya esposa solamente, pues todos los dias vemos que la esposa puede educar á un esposo grosero, tosco y rudo, aunque sólo sea con el ejemplo, que es la mejor de las lecciones.

Acabaré este artículo con la anécdota histórica siguiente, que tomo de una ilustre escritora francesa contemporánea:

Un hombre de un alma noble y generosa, pero de nacimiento y educacion vulgares, habia hecho eminentes servicios á Jorge II de Inglaterra: instado por el monarca para que escogiese la recompensa que quisiera, le respondió:

— Señor, haced de mí un hombre bien educado y distinguido. ¡Mi rudeza me avergüenza! Haced que yo pueda tener modales delicados, trato agradable: ¡es lo que más deseo!

— ¡Ay, amigo mio! respondió el Rey. Esto me es imposible. Yo puedo haceros rico, noble, marqués, duque y hasta príncipe, pero ningun monarca del mundo alcanzaria á daros lo que vos quereis: sólo una mujer puede limaros, puliros y haceros capaz de honrar la alta posicion que os voy á dar en mi córte: busquemos vos y yo una mujer que os ame y que sea capaz de esa grande obra: espero que la hallaremos, y que con su mano y compañía os daré la mayor recompensa.

EL MEJOR AMIGO.

I.

Muchas veces me he preguntado á mí misma por qué nos quejamos de la ley que Dios nos impuso al nacer en justa retribucion del pecado de nuestros primeros padres.

Muchas al ver en torno mio la tristeza, la impaciencia que la inevitable necesidad de trabajar causa á algunas personas, me he dicho:

— Esto no es justo; es rebelarse contra uno de los más sabios preceptos del Criador.

Y sin embargo, yo tambien algunas veces me he sentado en mi camino con el alma fatigada y el espíritu falto de valor para cumplir la inmutable sentencia grabada en las puertas de la vida.

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente», le dice al hombre.

«Sufrirás penalidades sin cuento, y participarás de las fatigas de tu compañero», le dice á la mujer.

Pero el desaliento no puede dominar por mucho tiempo á las almas cristianas, y la mia ha salido en breve

de ese marasmo doloroso, hijó de la fragilidad de la humana naturaleza.

He vuelto los fatigados ojos á esa angusta compañera que se llama razon, y ella me ha tendido su poderosa mano para prestarme apoyo, y me ha mostrado el rayo bienhechor de su mirada, que disipa todas las tinieblas.

Entónces he visto que Dios, hasta en sus castigos, se muestra paternal, y que en el fondo mismo del dolor ha puesto la fuente del consuelo, del mismo modo que un amoroso padre deja, como al descuido, en un rincon del encierro de su hijo culpable, un nutritivo y sabroso manjar que haga llevaderas las horas del aparente ayuno.

Una de las pocas dichas verdaderas de la tierra es el poder decir:

« Esto que poseo lo debo á mi trabajo; al santo, noble y honrado trabajo.»

Estas palabras y la conviccion de la idea que encierran compensan todas las fatigas de la laboriosidad más extremada y más dura.

Jóvenes y amadas lectoras mías, no envidieis jamas á los ociosos; las leyes divinas se han de cumplir, á despecho de todos los ardidés humanos, y el que no trabaja materialmente, el que se hastia de sus deberes y los rehuye, trabaja de un modo invisible y mucho más doloroso. Se sujeta á la tortura moral del fastidio, y abre en derredor suyo el vacío del sepulcro.

¿ Hay algo comparable á esa frialdad que invade á los ociosos, y que es la nada del alma?

El escritor, el pintor, el músico, el artista, en fin, es mucho más dichoso el día que termina una de sus obras

que juzga buena, que el hombre que hereda de repente una colosal fortuna.

El trabajo es el lenitivo de todos los dolores de la vida: los más crueles pesares se alivian cuando estamos activamente ocupados, y hay veces que los olvidamos del todo.

Más dichosas sois vosotras, bellas y modestas jóvenes, el día que estrenais un lindo traje cortado y hecho con elegancia por vuestra mano, que la opulenta heredera, á quien cada semana le lleva dos su modista, sin costarle el poseerlos otro trabajo que pagar la crecida cuenta que le presentan.

A vosotras siempre os queda el inocente orgullo de que os admiren en vuestra obra, llevada á cabo con tanta constancia como actividad; os queda el alegre deseo de emprender otra nueva, y la conviccion de vuestra habilidad y primor que cada día puede aspirar á más complicadas empresas, librándoos del hastío, enemigo mortal de la mujer.

¡ Cuánto realza las gracias de una jóven, sea cualquiera su estado, el verla entretenida en un bordado, ó en una labor primorosa!

Si es aún libre, ¡ qué buena esposa promete ser!

Si es ya esposa y madre, ¡ qué buen ejemplo para sus hijos!

Jamas olvidaré la adorable figura de una jóven costurera que vivia enfrente de una habitacion que yo ocupaba cuando era niña.

Habitaba con su madre, pobre anciana á la que mantenía con el fruto de su trabajo, un cuartito situado bajo

el tejado, como el nido de una alegre y joven golondrina.

Sólo tenía una ventanita muy estrecha, á la que alegraba, calentándola, un rayo de sol.

Allí la hallaba cosiendo el primer resplandor del día, en el invierno, á la luz de su pequeño quinqué, pues se levantaba á las cinco en todo tiempo.

Cuando la aurora resbalaba su plácida luz sobre sus cabellos castaños, apagaba ella la artificial y presentaba detras de los tibios cristales su adorable busto, que parecia modelado por la mano de las Gracias.

A traves de sus párpados inclinados se veia reir en sus grandes ojos un rayo de juventud: su tez pura y rosada era fresca y limpia como la flor que se abre en las auroras de Mayo.

Poco despues de apagar su lámpara, es decir, cuando ya penetraba bastante claridad en la habitacion, dejaba su asiento, peinaba, riendo, sus largos cabellos, y gozosa con su belleza volvia á sentarse, para coser al són de su dulce cantar.

Cuando su madre se levantaba, dejaba su labor para dedicar algun tiempo al cuidado y aseo de la anciana, y en seguida arreglaba y limpiaba su alegre nido, dando saltitos, como andan por el campo las palomas torcaces.

Despues, cuando se ponía su traje de muselina en el verano, ó de lana oscura en el invierno, se asemejaba á la diosa de la juventud y del amor.

II.

Sólo contaba yo diez años, y aquella joven vecina parecia llegar á los diez y siete; mas á pesar de esta gran

diferencia en nuestras edades, me inspiraba ella un dulce sentimiento que yo creia amistad, pero que era ese lazo íntimo y dulce que se llama simpatía.

En efecto, ¿cómo podia ser amistad lo que me atraía hácia ella, si jamas le habia hablado, si su carácter y sus costumbres me eran completamente desconocidos? La amistad nace del trato, del conocimiento de las bellas cualidades del alma, y sobre todo de la igualdad en las edades, en la posicion y en los sentimientos.

Lo que me inclinaba hácia aquella joven de una manera irresistible era que habia en ella algo de hermoso, de alegre, de tierno y dulce que la infancia presente y ama.

Era ella un poema de virtud y de hermosura que mi alma comprendía en parte, y en parte adivinaba.

Pregunté á las criadas de mi madre si sabian su nombre, y me contestaron negativamente: ni siquiera habian reparado en ella, lo que no era extraño, porque jamas los caracoles han podido seguir en el cielo el vuelo de la alondra.

Vino un día á casa una señora anciana, y tuve un pensamiento feliz: recordé haberle oído decir á ella misma que era muy antigua en el barrio, y le señalé el alegre nido de la joven, iluminado entonces por un dorado y alegre rayo de sol.

—¿Sabe V. quién es? le pregunté: ¿sabe V. cómo se llama?

—Sí, me respondió, sentándome sobre su falda; porque aquella buena señora tenía el encanto de la bondad, que es el mayor atractivo de los ancianos; si, la conozco, hija mia, y visito á su madre.

— ¡Ah, qué dicha! exclamé yo batiendo las palmas.
¿Querrá V. llevarme un día?

— ¿Por qué no? Desde aquí voy á visitar á Consuelo y á su madre, y puedes venir conmigo.

Yo me así de la mano de la anciana, y salimos juntas.

Mi corazón palpitaba de alegría; jamás había sido tan dichosa.

Subimos al nido ocupado por aquellas dos pobres mujeres, y á pesar de mi deseo de llegar, por dos veces mis débiles piernas se negaron á continuar la ascension; tan penosa era la escalera.

Llegamos, por fin, á la estrecha puerta que conducía al cuartito habitado por la jóven y por su madre, y la misma Consuelo vino á abrirla.

Allí, de pié en el umbral, me pareció más hermosa, más dulce, más encantadora que nunca.

La anciana que me acompañó se sentó al lado de la madre de Consuelo; ésta se sentó junto á la ventana, y volvió á tomar su labor; yo me fuí á su lado.

— ¿Por qué cose V. tanto? le pregunté tímidamente.

— Porque me hallo bien trabajando, me respondió sonriendo.

— ¿Pero no se cansa V. de estar cosiendo todo el día?

— No, porque pienso en el descanso de la velada; por la noche sólo coso hasta las nueve, y despues leo un rato.

— ¿No desea V. ir á paseo ó al teatro?

— No, querida mia, soy muy dichosa en mi casita al lado de mi madre que tanto me quiere, y á la que debo consolar con mi constante compañía de sus pesares y de su tristeza; ¡es tan desgraciada!

— ¿Es desgraciada?

— ¡Sí, mucho! Mi padre era médico, y al morir nada pudo dejarnos: mis hermanos murieron tambien... sólo yo le quedo á mi pobre madre, y soy tan dichosa en poderla ser útil, en proveer á sus necesidades con el producto de mis labores, que no cambiaria esta ventura por la más grande de las fortunas!

— En efecto, señorita, siempre está V. cantando y riendo.

— ¿Y cómo no he de estar alegre? En el almacén en que me dan bordados alaban mis labores y me las pagan á un precio mayor que el establecido: algunas veces me dice la buena señora que está en el mostrador:

— Señorita, no se imponga V. privaciones, ni permita que las tenga su buena madre; cuanto dinero necesite se lo adelantaré. Porque —añadió Consuelo á modo de paréntesis— no crea V. que los que mandan trabajar son tan crueles como dicen; la laboriosidad y la honradez son atendidas en todas partes; no pueden estimarse la negligencia, la holganza y los malos modales; pero al que cumple con su deber se le tienen atenciones; yo me considero muy dichosa: sin que lo sepa mi madre, y trabajando un poco más cada día, hace un año que voy poniendo en un bolsillo veinte reales cada semana. ¡Si viera V. cómo me palpita el corazón cuando lo abro! Si supiera V. qué delicioso es el decirse: «Este es el fruto de mi trabajo, de mi economía.» ¡Oh! esto vale más seguramente que el poder decir: «¡Soy rica!»

A este tiempo se levantó para retirarse la amiga de la madre de Consuelo.

—Déjeme V. á la niña todo el día, dijo la jóven.

— Puede quedarse hasta la noche, dijo la anciana, yo diré á su madre que no podia dejarla en mejor compañía.

Allí pasé, en efecto, algunas horas, de las que conservo la más dulce memoria. Ayudé á Consuelo á cubrir la mesa, cambié el agua á sus pájaros, y despues cosí un dobladillo en un pañuelo de batista cuya marca debia ella bordar.

Cuando me abrazó y me dijo que estaba hecho con primor me creí más dichosa que el héroe á quien coronan de laurel al frente de un numeroso ejército. Eran espectadores de mi inocente triunfo, Dios, Consuelo y su buena madre que me abrazó tambien con ternura.

— ¡ Ojalá, — me dijo — ojalá, hija mia, veas siempre risueño el rostro de la fortuna! Pero si algun día tienes que ganar el pan con tu trabajo, no por eso serás desgraciada: él nos da la más grande y pura de las satisfacciones, convenciéndonos de que tenemos algun mérito, y proporcionándonos la tranquilidad de la conciencia.

Dos dias despues vino Consuelo á mi casa; traia en la mano una cajita y un ramillete de violetas, en cuyo centro habia una hermosa rosa blanca. Así que me vió corrió á abrazarme. Se puso de rodillas delante de mí para igualar á la mia su estatura, abrió la cajita y sacó de ella una pequeña cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro, que suspendió de mi cuello, presentándome despues el ramillete.

— María, me dijo con la sencillez candorosa que era en ella tan natural como el perfume en aquellas flores:

por el bordado y cosido de aquel pañuelo, cuyo dobladillo hiciste con tanto primor, me han dado ocho duros, de los cuales he gastado tres para tí: esta crucecita y estas flores son el precio de tu trabajo: guárdalas siempre. Si algun día te abrumba la pobreza, y yo no estoy ya cerca de tí para darte aliento, mira esa cruz y piensa en que la cruz del trabajo, llevada con resignacion y fortaleza, nos guia hácia la felicidad, y en que el Hijo de Dios quiso participar de las miserias de la humanidad, llevando la cruz de su Pasion.

Yo abracé á mi vez á Consuelo, que volvió al lado de su madre para continuar sus tareas.

Aun guardo la cruz y las flores marchitas, y las guardaré miétras viva; y cuando el desaliento me fatiga, vuelvo los ojos al mundo de los recuerdos, y veo á Consuelo de rodillas delante de mí, suspendiendo la cruz de mi cuello, y como adorando la primera muestra de mi aficion al trabajo.

III.

Consuelo amaba, porque el amor es inseparable de las condiciones blandas, suaves y dulces como la suya.

Amaba desde la infancia á un primo suyo, hijo de una familia bien acomodada y que habia conservado sus riquezas, al mismo tiempo que los padres de la jóven habian perdido todas las suyas por un capricho de la suerte.

Su primo hacía tres años que viajaba, y nada sabia de las degracias de Consuelo y de su madre.

Llegó el día señalado para su vuelta, y la tristeza cubrió, como una negra nube, el corazón de la joven; temía que al ver su mísera posición el corazón de su primo sufriese mudanza, como ella había oído decir que sucede muchas veces en la vida.

Pero no sucedió así: el que amaba Consuelo era digno de ella, y sabía apreciar en su justo valor su resignación á los decretos del Altísimo y su cariño filial.

Dos meses después de la llegada de su primo, la bordadora ceñía su frente con el velo nupcial que su anciana madre le prendía con mano trémula de alegría, en tanto que sus labios pronunciaban dulces palabras de bendición, y de sus ojos brotaban lágrimas de felicidad. La anciana murmuraba:

—¡Dios te bendiga, hija mía, como te bendigo yo! ¡Dios dé á tu amor conyugal la ternura, la abnegación de tu cariño filial! Que la Virgen soberana, madre común de nuestro sexo, sea el consuelo de todas tus aflicciones; porque no quiero que sueñes con un porvenir de delicias, mi Consuelo: en todos los estados de la vida hay penas, porque sino no se llamaría este mundo valle de lágrimas; en todos los estados hay deberes que cumplir, hay que rendir culto al trabajo; pero tú no desmayarás en la senda que hoy abre Dios ante tus ojos, pues has seguido con la fe en el alma y los ojos en el cielo otra más difícil.

La buena madre no se engañaba: la que había sido una hija tan ejemplar, debía ser una ejemplar esposa. Viéndola, aprendí de cuántas maneras se puede cumplir la ley santa del trabajo, y me persuadí de que en todos

los estados es culpable la ociosidad y odiosa la apatía.

La fortuna próspera para Consuelo la alejó de mí; pero su recuerdo permanece indeleble en el fondo de mi alma, como permanecen los recuerdos de todo lo que es bueno, puro y santo.

Aun creo verla ocupada constantemente de su casa, de su marido y de sus pequeños hijos; la recuerdo leyendo en voz alta á su anciana madre las oraciones del día, que ya no podía leer ésta por sí misma á causa de la debilidad de su vista, y recuerdo que su casa elegante, era por su orden, por su alegría, por su aseo, por su amor al trabajo, en fin, lo que era el pobre y modesto nido donde yo la conocí y donde bordaba cantando desde antes de mostrar la aurora su primera sonrisa; un trasunto del cielo.

Porque debeis saber, lectoras mías, que, á mi modo de ver, no trabaja sólo la que se ocupa materialmente de una tarea asidua, de una labor de aguja, no; en mi concepto, trabaja tanto ó más que ésta la que vigila á sus criados y les obliga á mantener el buen orden que tiene establecido en su casa; la que enseña á sus hijos á rezar y á comprender lo que rezan; la que busca las miserias ocultas y las socorre generosamente, y la que embellece su hogar con los primores que aprendió en su infancia.

IV.

Una de las cosas que más enaltece á la mujer es ese *culto del hogar*, como decía un célebre novelista francés,

que propagó muchos errores, pero que sembró también en sus libros infinitas ideas tan bellas como buenas.

· Sí; la coquetería doméstica, si así puede llamarse, habla muy alto en favor del talento y de la bondad de la mujer.

Adornar el hogar, ¿no es amarlo?

Cuidar la casa, perfumarla, llenarla todo lo posible de objetos lindos que halaguen la vista, de objetos cómodos que la hagan agradable, ¿no es decir que se prefiere la casa á todo, y que en ella se halla el reposo, la alegría, la felicidad?

Y el pensar en cómo se añadirá un encanto más á la casa, ¿no es trabajar también con la imaginación, con el buen deseo? Y el bordar un almohadon para apoyar los piés, una pantalla para la chimenea, un acerico para la mesa del tocador, ¿no es trabajar con un objeto meritorio, que produce frutos encantadores?

Mucho compadezco á las mujeres exhaustas de habilidades, á las que van á buscar fuera de su casa la distracción y el recreo: la sociedad es bella y agrada, pero casi siempre deja fatigados el espíritu y el cuerpo; nada hay verdadero más que la dicha del hogar, y éste, habiendo afición al trabajo, ¡se embellece á tan poca costa! ¡Es tan poco dispendioso el hacerlo encantador! ¡Es tan dulce, tan grato el adornarlo! ¡Es tan hermoso el formarse un nido donde descansar de las borrascas de la vida!

Jamás he comprendido la habitación de una mujer tosca, desaliñada, fría é invadida por el desecado; la concibo, sí, más ó ménos modesta; pero desabrigada, sin cortinas, sin flores que hablen de la bondad de Dios, sin

cuadros que hablen de las artes, sin perfumes que halaguen los sentidos, jamás he sabido comprenderla.

Nunca me he imaginado una mujer bella, delicada, distinguida y admirada, corriendo de tertulia en tertulia, de paseo en paseo, visitando mucho, dándose mucho á ver, en una palabra; la he imaginado, sí, leyendo sentada en un elegante silloncito al lado de su chimenea, ó bordando junto á un velador, cerca del cual hay una modesta copá llena de rojas ascuas, bien vestida, peinada con gusto; la he visto rodeada de algunos buenos amigos en las noches de invierno, sirviendo, con encantadora gracia, á cada uno su taza de té, ayudada en tan grata tarea por su mismo esposo, pues no es necesario, para ser bella y distinguida el estar rodeada de servidores, de fausto y de ostentación.

Pero todo esto en su casa, *en su hogar*, embellecido por su prevision, alegrado con su sonrisa, animado por su inteligencia.

No hay ninguna mujer que, si quisiera, no pudiera ser encantadora; la ménos linda, la ménos jóven lo sería si le ayudase una firme voluntad: basta para esto un buen carácter, una buena educación, la razón natural y la afición al trabajo; al trabajo *mental* que crea, al trabajo *material* que ejecuta; al trabajo mental que es la reflexión; al trabajo material que es la belleza visible, y por lo mismo la más fácil de comprender y la que más nos seduce.

El trabajo es el auxiliar constante y benéfico de la mujer; con el trabajo trasforma sus adornos, se rodea de mil atractivos, hace brillar su talento, su bondad, su

hermosura, sus habilidades, embellece su casa, por modesta que sea su fortuna, y se hace amar de cuantos la tratan.

No huyamos, pues, la santa ley que tales ventajas proporciona. Dios, al imponérsela, nos ha dado los medios de utilizarla en nuestro provecho, y de su cumplimiento, como del de todos los preceptos divinos, nacen el sosiego, la paz, la alegría, los dulces encantos del hogar, y la felicidad de la familia.

LA CORTEDAD Y LA INSOLENCIA.

I.

Entre una joven demasiado tímida ó corta de genio, y otra insolente, la última es, sin duda, la que hace un papel más ridículo; y puede, no obstante, asegurarse que la extremadamente tímida ocupará un lugar muy secundario y sufrirá no poco en sociedad.

Pero no puedo yo aplaudir á una mujer atrevida hasta la insolencia, *despejada* con exceso, *ocurrente*, como suele llamarse á las mujeres de ese carácter.

Madres, que ante todo anhelais la felicidad de vuestras hijas; la felicidad verdadera y durable, y no la que estriba en la vanidad, enseñadlas desde temprano que la timidez contenida en los límites de la dignidad, es el reflejo de un pudor noble y delicado.

Que sean tímidas hasta el exceso para lo malo; más para lo que es bueno y justo, que guie su conducta una firme é independiente voluntad.

He visto algunas jóvenes, hijas de familias modestas, que se hallaban tan cortadas en sociedad y tenían tal temor de que se conociese su origen, que para nada ha-